

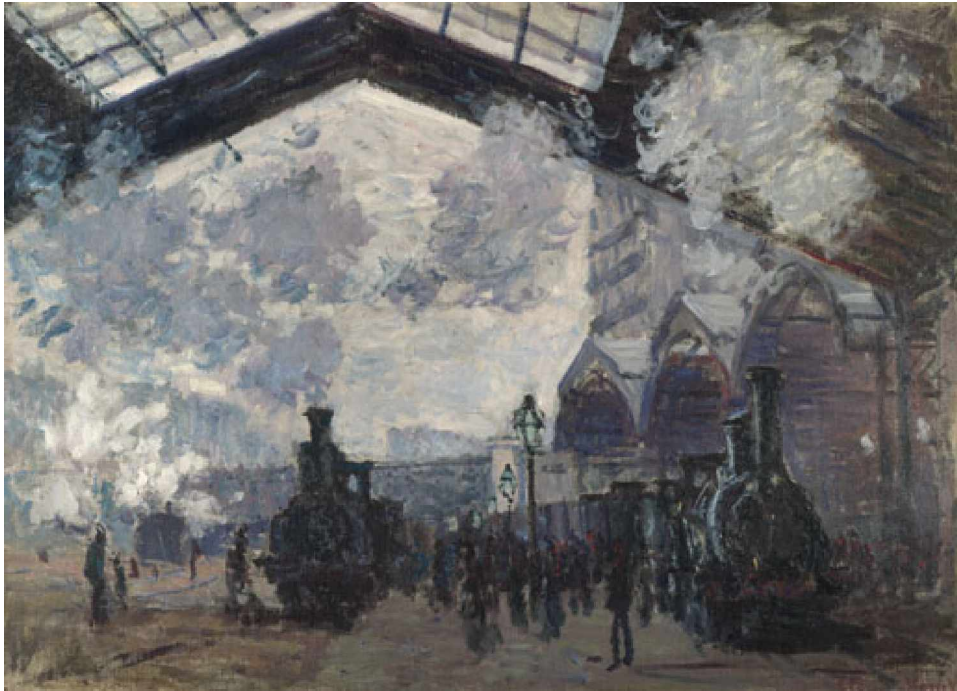
The image shows the name 'Claude Monet' written in a dark, cursive, handwritten style on a light yellow background. The letters are connected and fluid, with a prominent flourish at the end of the word 'Monet'.

*"(...) Se puso sus mejores galas, se ahuecó los encajes de los puños y, jugueteando indolentemente con un junco de puño de oro, hizo que le entregasen su tarjeta al director de los Ferrocarriles del Oeste, en la estación de Saint-Lazare. El bedel, pasmado, lo hizo pasar en el acto. El importante personaje rogó al visitante que tomara asiento y éste se presentó con total sencillez: "Soy el pintor Claude Monet". El director de marras no sabía nada de pintura, pero no se atrevía a admitirlo. Monet lo dejó en un mar de confusiones antes de anunciarle la gran noticia: "He decidido pintar esta estación suya. He andado mucho tiempo titubeando entre la estación del Norte y la de usted. Pero, en último término, me parece que la suya tiene más carácter".*

*Obtuvo cuanto quiso. Pararon los trenes. Vaciaron los andenes, atiborraron las locomotoras de carbón para que escupieran cuanto humo le conviniera al señor Monet. Éste se afincó en la estación como un tirano, pintó, entre el recogimiento general, durante días enteros y por fin se fue con media docena larga de cuadros, mientras todo el personal, con el director a la cabeza, le hacían hondas reverencias" ("Renoir, mi padre", Jean Renoir)*

Claude Monet fue un galán del siglo XIX, un donjuán con mucho talento que, además, sabía venderse como nadie. Su gran amigo y compañero Pierre Auguste Renoir, contaba de él que no tenía nada que llevarse a la boca, y le salían telarañas en los bolsillos, pero no por ello dejaba de ajustarse los encajes de los puños y enderezarse el cuello de la camisa, con la altivez propia de un aristócrata. Fue su cuadro "Impresión, sol naciente" el que dio nombre al grupo de los Impresionistas, en 1872, una época en la que sus obras fueron motivo de chanza y de mofas, por romper la creatividad de aquellos jóvenes con la rigidez de las academias clásicas. Pero, pese a todo, nada había que amilanase al joven Monet. *"Dicen que no les gustan mis cuadros*

*porque 'no se ve nada', y se ríen de mis 'brumas', ¡pues bien, ahora sí que van a tener 'brumas'! ¡voy a pintar trenes, humo, humo por todas partes! ¡voy a pintar la estación de Saint-Lazare!"*



Siempre estaba debiendo dinero a su sastre y, cada vez que éste le recordaba sus deudas, él decía solemne *"No insista, por favor, no insista, o me verá obligado a retirarle mi clientela"*. El sastre, pese a todo, estaba encantado de trabajar para un hombre "tal elegante" como él. Se ve que no había quien ganase a Monet en autoestima, ni en actitud positiva ante la vida.

Ni siquiera el ya entonces reconocido maestro Manet pudo aplacar la entusiasta autoestima de Claude Monet. En una de las exposiciones de los jóvenes principiantes, montó en cólera pensando que algún incauto le había falsificado el apellido y no paró hasta localizarlo. Así fue como Manet conoció a Monet, y no tardaron en hacerse amigos, formando ambos parte de un irrepetible grupo de genios de la pintura: Renoir, Sisley, Degas, Berthe Morisot, Marie Cassatt, Caillebotte, Bazille, Pissarro y Cézanne.

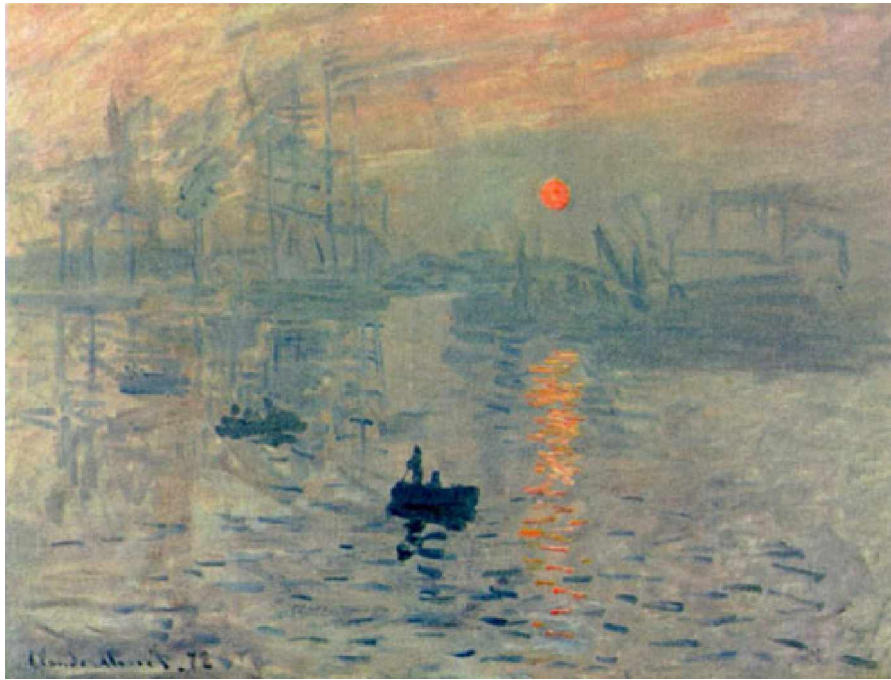
Entusiasta como pocos, Claude Monet, muestra su arranque pasional también en su escritura. Curiosamente, ha sido un artista que ha dado no pocos quebraderos de cabeza a los expertos en arte, ya que no siempre firmaba sus obras y, cuando lo hacía, cambiaba con facilidad la estética de su firma. Y llama también la atención comparar la sencillez intimista de las firmas de sus

cuadros, con la inquieta, espontánea y socialmente generosa escritura de sus cartas. Aquí tenemos una muestra de ella, que se cree fechada hacia 1884:

Prenez - vous me prêtez  
Dix francs, jusqu'à  
après demain j'ai absolu-  
ment besoin de cette  
somme et ma bourse  
se trouve complètement  
à sec  
Si cela ne vous gêne  
pas trop, remettez les  
au porteur.  
excusez moi  
à vous  
Claude Monet  
P.S. je vous le rapporte  
après demain j'ai

Las letras volcadas a la derecha, fieles al modelo caligráfico de la época, son una invitación a la acción, a la convicción en las propias ideas a la fijación de retos y a dar pasos de gigante hasta conseguirlos. La escritura de Monet nos habla de ideas fijas, ceguera por el logro de los propios sueños unida a una extraordinaria y persistente curiosidad por descubrir los secretos del mundo.

De creatividad va sobrado, y tampoco le falta determinación, y quizás fuese en este coctail donde residiese esa máscara social de engreimiento y chulería, que dejaba pasmados a sus compañeros, cuando la realidad del artista residía en un ego refugiado mucho más adentro, en un valioso mundo interior pleno de sensibilidad, cautela y moderada introversión. Y este es el Monet que firma los cuadros, el artista que se cobija con su pequeña firma de mayúsculas apocadas, en una discreta esquina de la obra.



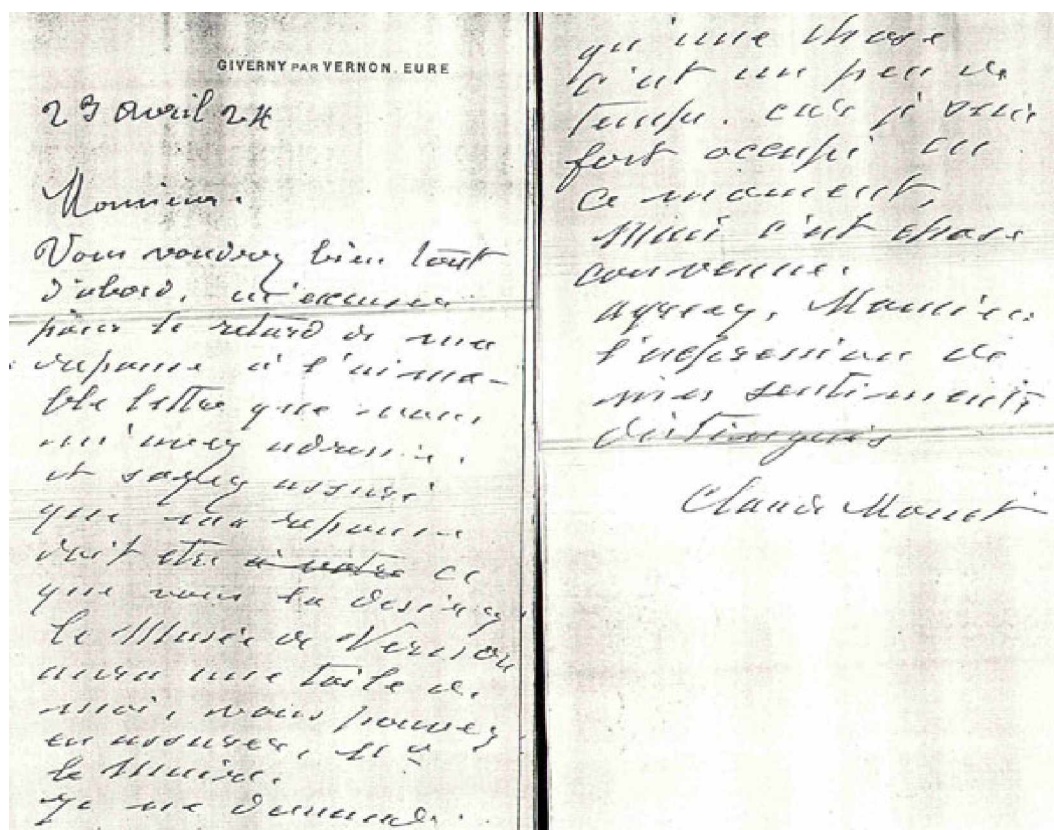
“Impresion, amanecer”, Monet, 1872

Debió ser un caballero astuto, de afilados ojo e ingenio, y también de afilada lengua, inteligente y mordaz. Tal vez esa lucha entre el íntimo recogimiento y su aparente altanería, hiciera tambalear su autoestima y no fuese capaz de encajar demasiado bien las críticas. Y de ahí también su afán de “venganza creativa”, fruto del resentimiento del genio incomprendido, que se ha visto en el relato de la estación de Saint-Lazare. Afortunadamente, a él y a sus compañeros, el tiempo y la historia han acabado por darles la razón. Algunos más comprendidos y valorados que otros; otros, más tarde que pronto, y no pudieron relamer en vida las mieles del éxito.

Durante sus últimos años de vida, Monet estuvo aquejado de cataratas en los ojos, a lo que se sumó una profunda depresión tras la muerte de su segunda esposa, Alice. Este estado se deja ver claramente en las grafías de sus últimas cartas. Pero, a pesar de todo, el abuelo Monet no pierde su carácter incisivo, ni su afán por percibir los detalles y explorar lo profundo, más allá de la realidad meramente tangible.

Marc Chagall dijo de él que era “*el Miguel Ángel de nuestra época*”, y su colega André Masson calificó los grandes lienzos de nenúfares como “*la Capilla Sixtina del Impresionismo*”. Pero pese a estas nobles opiniones, Claude Monet pasó la mayor parte de su vida sumido en la pobreza, viviendo

de fianzas que le prestaban sus compañeros, y de la confianza en sus obras que tenía el marchante de los Impresionistas, Paul Durand-Ruel, que compró muchos de sus cuadros, y los de otros artistas, por entonces, rechazados por los críticos de arte más puristas.



En esta carta, fechada en abril de 1924, se aprecia un trazo doliente, exento de espontaneidad, pero igualmente cuidado y potente, ganado por un intento de mantener el ánimo y las fuerzas, en un renglón apenas sostenido, pero con una firma firme y digna, propia de un caballero que, ante la adversidad, se ajusta y arregla los cuellos de encaje.

Apenas alcanzado un siglo después de su muerte, uno de sus cuadros de nenúfares alcanzó los cincuenta y un millones de euros en una subasta en Christie´s, en el año 2008. Así, el más auténtico de los Impresionistas, ganaba la batalla, tantas veces perdida, a la historia del Arte con mayúsculas.

Sandra Mª Cerro

[www.sandracerro.com](http://www.sandracerro.com)

Madrid, a 24 de agosto de 2013